

Soñando a Castaneda

Un encuentro en primera persona

En Metahistory

Fue en algún lugar de Arizona, no muy lejos de la frontera con Méjico. No era una tierra desierta, agostada y remota, pero era el típico terreno con escasa vegetación. Sentí la proximidad de un pequeño pueblo, como Mexicali, donde había cruzado una vez la frontera con Jan Kerouac de vuelta de una fatídica estancia en Yelapa. Era un día claro y caluroso, no corría brisa alguna, casi se trataba de una calma chicha. Parecía ser por la tarde, quizás las cinco o las seis.

Paseaba con Castaneda a mi derecha y dos personas más. Los reconocí fácilmente, eran Vicente Medrano, el yerbero y “erudito” del equipo de Don Juan, y Silvio Manuel, un nagual bastante siniestro que personificaba los poderes de la oscuridad. Me abstraí inmediatamente analizando mi observación frente al conocimiento almacenado, la memoria de cómo eran estos dos hombres según las descripciones ofrecidas por Castaneda en sus libros. Medrano era un hombre de modales suaves pero no parecía tímido, su aspecto era corpulento y de cuerpo blando. Su barba era escasa y su mirada era profunda, atenta, curiosa. Iba observando el suelo delante de él, como si estuviera absorto componiendo sus propios pensamientos. Casi ni me atrevía a mirar a Silvio Manuel que caminaba a mi derecha, un paso o dos detrás de Castaneda. Su presencia me llegaba como un sobresalto con la fuerza de una viga de acero arrastrada por un huracán. Sin embargo, no había nada amenazador en su presencia. Por el contrario, me pareció tranquilo e inmensamente reconfortante.

Supe, sin que nadie me lo explicara, que nos dirigíamos a un lugar donde Vicente Medrano iba a dar una charla. Delante de mí, podía ver el recinto del evento: un almacén construido con paneles corrugados blanquecinos y un techo de estaño argentado, parecido a esos edificios estériles que se usan como garajes, talleres o depósitos. No había coches así que parecía que los asistentes a la charla irían caminando como nosotros. Entendí que el público sería gente común, granjeros y rancheros de la cooperativa agricultora dueña del local. La pequeña conferencia de Medrano iba a ser un evento puramente mundano, que nada tenía que ver con los enigmas de la brujería, me parecía a mí.

Carlos estaba jovial, aunque un poco forzado. Yo me preguntaba si estaba acechándome, fingiendo estar de esa manera para aliviar la actitud taciturna y lúgubre que tan a menudo me plagaba – debido a mi habitual auto-importancia. Cuando me habló, confirmé mis sospechas: “O tienes cuidado o todo el mundo pensará que eres Frazer”, me dijo con una genuina sonrisa afectiva, posando su brazo sobre mi hombro. Me sorprendió la alusión a Frazer. Como maestro de mitología comparativa por iniciativa propia, me sentía del linaje de Sir James Frazer, por supuesto. Pero el comentario de Carlos fue más íntimo que una mera asociación vocacional que se ajustaba a mis pretensiones.

Cuando tenía 19 años y vivía en Tokio donde enseñaba inglés, solía ir cada semana al British Council a leer a Frazer. La biblioteca allí albergaba toda la colección de *La rama dorada*, la primera edición encuadernada en verde, con un delicioso olor a moho. Nunca volví a encontrar esos libros en ningún otro lugar. Leer a Frazer con intensidad me calmaba y posibilitaba que pudiera superar, durante largos ratos, la sensación de estar completamente perdido en mi viaje por la vida. No es que Frazer me guiara sino que, absorbido en las narrativas míticas que relataba, podía almacenar información que luego me dirigiría a descubrimientos cruciales.

La obra de Frazer para mí no solamente era una referencia académica, sino que se convirtió en un índice de indicios íntimos que apuntaban a mi viaje hacia Sophia y el conocimiento liberador.

Me sorprendió que Carlos parecía entender esto. Su observación fue directamente a mi sentido de la auto-importancia, mi elevada opinión de mi lugar en ese linaje, además de ir acompañada de algo de mofa. Carlos me advertía amablemente: no dejes que tu auto-importancia te engañe y te conviertas en un erudito de sofá como Frazer. Me emocionó y me sorprendió que pudiera entender mi dilema espiritual a un nivel tan profundo.

Lo siguiente que vi es que Carlos ahora estaba a mi izquierda, caminando entre yo mismo y Medrano. Ninguno de nosotros habíamos perdido el ritmo ni por un segundo. Su cambio de posición no había sido en el espacio, pasando delante o detrás de mí. Simplemente apareció a la izquierda. Ese movimiento me dejó pasmado y me impulsó a redirigir mi mirada para concentrarme en su rostro. De repente, vi a Carlos agotado, sus rasgos tan delatantes parecían demacrados y fatigados. Atento a mi observación, espontáneamente inclinó su cabeza y me dijo: “Sí, estoy bastante cansado, no he estado a la izquierda durante tres o cuatro horas, y ahora me cansa bastante”. O quizás dijo: “He estado a la izquierda tres o cuatro horas y ahora estoy bastante cansado”. No lo distinguí bien, dijo una u otra cosa. Todo lo que sabía es que Castaneda me estaba confesando su agotamiento por el paso de un estado de conciencia ordinaria a un estado de conciencia elevada.

El cambio puede producir agotamiento, yo lo sabía, pero también puede causar lo opuesto. A medida que nos acercábamos a la entrada del local, me pregunté por qué Castaneda se sentiría agotado en vez de enérgico por la rutinaria acción del brujo de cambiar de lado.

Ya en el local, se habían dispuesto unas veinte sillas plegables metálicas para el público. Casi todas ellas estaban ocupadas por hombres con ropa de trabajo, monos de granjero y demás. Había una baja plataforma construida con pallets y paneles de contrachapado que la cubrían. Incluso había algo así como un pódium de cajas apiladas en la plataforma. Había tres sillas colocadas a la derecha del pódium y una sola silla a la izquierda tal y como se veía desde el frente. Castaneda, Medrano y Silvio Manuel se sentaron inmediatamente en las tres sillas que había para ellos. Yo extrañamente me quedé de pie delante de ellos, y me sentí expuesto ante el público. Pero cuando miré furtivamente a los hombres asistentes, me di cuenta de que nadie parecía notar mi presencia.

Desde el pódium alguien hizo una pequeña introducción y cogió luego la silla que quedaba a la izquierda. Medrano se levantó a dar su charla. Por un instante pensé en tomar su asiento pero se me ocurrió que resultaría maleducado y absurdo. Me giré sobre mis pies, sintiendo que las puntas de mis botas casi tocaban las puntas cubiertas de metal de los zapatos de Silvio Manuel. Escuché cómo Medrano comenzaba a hablar con una voz sorda, como si el sonido proviniera de las profundidades de un túnel. Una mirada en su dirección me mostró que hablaba de manera bastante mecánica, como si estuviera en un trance hipnótico. Pensé que se debía a que se limitaba a recitar su charla de memoria en lugar de inventarla sobre la marcha. Hablaba de cómo reconocer y preservar ciertas plantas que podían mejorar la viabilidad de la agricultura de una región árida.

En mi extraña postura sobre la plataforma, me encontré a mi mismo inclinándome sobre Castaneda. Él permanecía sentado impassiblemente con la mirada en blanco, quizás sobrepasado por la fatiga que había mencionado. Mientras lo miraba, el poder de mi atención me dirigió a lo que veía. Me incliné más, colocando mis manos sobre las rodillas, y examiné su figura sentada con un intenso escrutinio. Por entonces ya estaba seguro de que nadie de los presentes se había percatado de mi presencia, pero me dio igual de todas formas. No importaba nada si estaba siendo observado porque algo había captado todo mi interés.

Estaba absorto examinando la forma en que iba vestido Castaneda. Me sorprendió un sentimiento de respeto sagrado, como una dulce brisa, mientras miraba incluso más atentamente su traje, un traje de negocios formal. Me di cuenta de que estaba tejido, no con hilo o fibra, sino con finas hebras de hierba de pradera. El tejido era exquisito y compacto. A no ser que se examinara con mucha atención, se podría haber confundido con tejido normal, quizás un lino o tweed. Me percaté

de que las formas que urdían la hierba eran sorprendentemente precisas, bellas y elegantes. Había incrustadas por todo el tejido pequeñas flores casi microscópicas.

La sensación que tuve al ver el traje fue maravillosa, casi erótica. Sentí una suave emoción de placer en todo mi cuerpo. Luego mi mirada, por su propio poder, se dirigió a la camisa de Castaneda. Pude detectar un estrecho triángulo de tela, ancho en el cuello y que se estrechaba hasta un punto justo por encima de su diafragma. La camisa estaba abotonada hasta el cuello y no llevaba corbata. Era del color aguamarina, que conjuntaba perfectamente con los pálidos tonos tierra verdosos de su traje. El brujo sabe cómo ajustar su armario mejor que yo, pensé sintiéndome un poco tonto. Luego mi atención se fijó en la forma en que el pequeño triángulo de la camisa brillaba como si estuviera hecho con una tela lustrada. Mi atención sola se dirigió al aparente lustre que luego cambió a un resplandor granular.

Sentí ahora que estaba llegando al alcance de mi lucidez. Mirando atentamente el resplandor granular de la camisa azul oscuro de Castaneda, sentí cómo toda la escena giraba a mi alrededor, pero con una infinita lentitud. No podía retirar mi mirada de la camisa, cuyo intenso color azul me empujaba al inmenso movimiento de aquel remolino. Me incliné aún más, resueltamente consciente de la tensión que entraba ahora en mi respiración. De repente, vi que la camisa que llevaba puesta Castaneda no estaba hecha de ninguna tela: era de piedra negra azulada, como una mezcla de lapislázuli y ónix. Pensé vívidamente que eran tonalidades osirianas fugazmente asociadas a un gran sarcófago. Entonces vi que el profundo efecto de resplandor en la oscuridad azul era la activa luz de las lejanas estrellas. Estaba observando la densa substancia de la Vía Láctea y, lentamente, fui empujado al silencioso remolino de esa corriente celestial. Un momento después, se rompió la lucidez y retorné a la conciencia ordinaria.

jll: 26 de noviembre de 2009, Andalucía

Usted es libre de:

- copiar y distribuir el material en cualquier medio o formato
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento — debe dar crédito adecuado, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se realizaron cambios. Usted puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero de ninguna manera que sugiera que el licenciador lo respalda a usted o apoya el uso que hace de su obra.

No comercial — usted no puede utilizar el material para fines comerciales.

Compartir bajo la misma licencia — si usted altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada de ésta, deben distribuir la obra generada bajo la misma licencia que la original.

[Licencia Creative Commons 4.0](#)

Equipo de traducción:

◆ *Rocío Gómez*

◆ *Javier Martínez*

